

PROEMIO

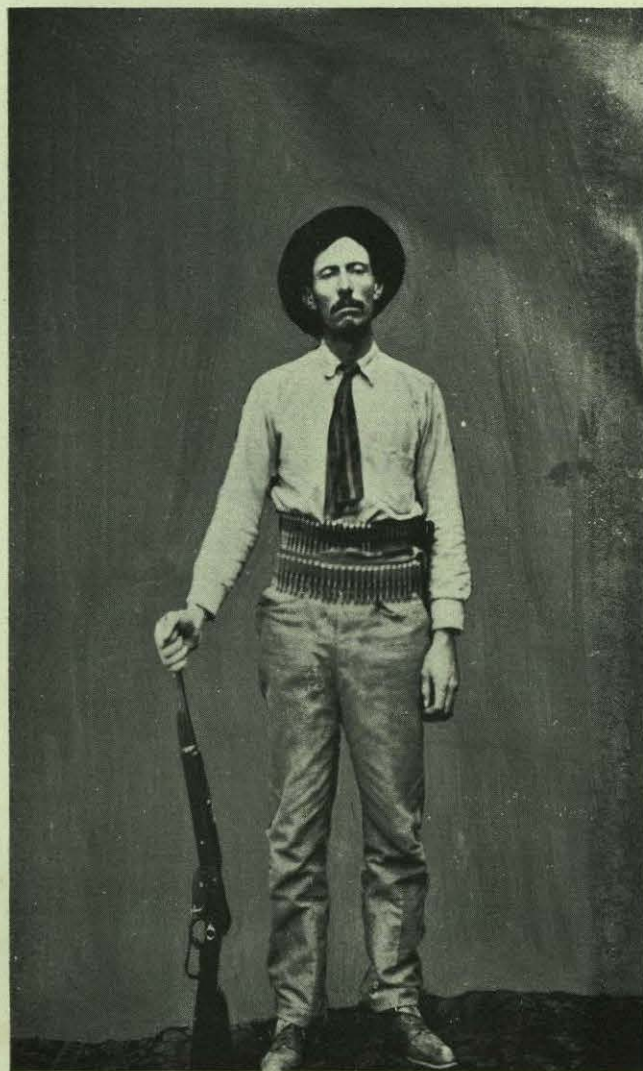
por Reyes, el Gobierno emanado de la soberanía popular en medio tan débil, tan raquítico y tan prostituído como el nuestro, puso su primer clavo; el movimiento artero y vergonzante del vazquismo, le proporcionó el segundo, y la defección de Chihuahua, secundada por el elemento rico y por la plebe, amenazadora y bravía por su número y su furor de sangre, acabará de afianzarlo, porque una reacción generosa y saludable surgirá de todos los ámbitos del país para contrarrestar y volver fecundas las vidas que cueste la traición de Orozco.

RESUMEN DEL CAPITULO PRIMERO.

Antecedentes de Pascual Orozco, hijo.—Su oficio.—Sus rivalidades.—Su entrada á la Revolución de 1910.—Origen de su popularidad.—Premios y recompensas.—El padre de Orozco.—Carácter, intrigas y ambiciones de este último.—Pretensiones de Pascual á la gubernatura del Estado de Chihuahua.—Maquinaciones del elemento plutócrata chihuahuense.—Orozco hace su entrada triunfal á Chihuahua.—Su actitud ante el pueblo.—Orozco inficionado de política.—Su fracaso.—Nuevas ambiciones lo ligan con el vazquismo.—Intrigas para hacer salir las tropas federales de Chihuahua.—El Secretario de Orozco, sus antecedentes y su influencia corruptora.—Orozco en la Capital de la República.—Su perfil antropológico y moral.—La prensa opositora, instrumento de los plutócratas reaccionarios.



PASCUAL OROZCO, hijo.



PASCUAL OROZCO, hijo.

CAPITULO I.

En la historia de todos los individuos que por alguna circunstancia han logrado distinguirse en cualquiera de las actividades humanas, hay, generalmente, una multitud de antecedentes preparatorios, pudiéramos llamarlos, de su porvenir y del importante papel que representarán en no lejano día. Pero hay otras ocasiones en las que, sin antecedentes precisos, sin causas justificadas, sin méritos adquiridos y hasta sin propio valimiento, algunos logran encumbrarse a un punto en que resulta absurda, por lo desproporcionada, la relación entre el éxito conseguido y la cantidad de esfuerzos realizados. De esta clase de tipos es Pascual Orozco. Nacido y criado en un humilde pueblo del Oeste de Chihuahua, apenas si tuvo tiempo de ir tres o cuatro años a la escuela de Ciu-

dad Guerrero y aprender los rudimentos de la instrucción primaria impartida por un maestro de segunda clase; y, por la poquísimas valía de su modesta alearnia, su juventud pasó desapercibida, como la de todos los seres insignificantes; pero Pascual era trabajador y serio y acabó por casarse en temprana edad, poniéndose en camino de hacer negocio con un atajo de mulas en las que transportaba la conducta minera de Sánchez, a Lluvia de Oro, desde hacía tres años.

El oficio de arriero de metales, a más de ser productivo, adiestra a los individuos en el conocimiento del terreno y los obliga a estar siempre en guardia en contra del peligro; Orozco no tardó, pues, en ganar fama de bravo; hábil en el manejo de las armas, acabó por ser uno de los que hacían mejores tiros, y, aunque para él la vida se limitaba a los horizontes de su distrito, había dos cosas que preocupaban y absorbían su espíritu: una, el afán de acrecentar su atajo; la otra, su odio irreconciliable a la familia Chávez, protegida de don Enrique Creel y dueña de grandes recuas para la conducción de mineral de las

negociaciones más importantes de aquel rumbo, en quienes veía sus eternos rivales, tanto en el campo de la vida como en el campo del trabajo.

Así pasaban las cosas y así transcurría la existencia del futuro grande hombre, cuando cierta ocasión un pariente, el señor don Daniel Rodríguez, acertó a platicarle sobre las intenciones, las miras y los propósitos del grupo antirreeleccionista y lo puso en el secreto de una posible revolución; Orozco escuchó embelesado aquel relato, sus simpatías se inclinaron por aquella aventura y la esperanza vislumbrada de poder algún día tomar revancha de sus enemigos, lo exaltó, a tal punto, que anduvo inquieto por hacerse introducir al conocimiento de don Abraham González, a la sazón Presidente del Club Antirreeleccionista en Chihuahua; y no esperó a que se cubriera la fórmula de la presentación, sino que, tomando por pretexto el paisanaje y hasta cierto remoto parentesco con don Abraham, él mismo se le hizo presente y le confesó, sin ambages, que estaba al tanto del plan que se fraguaba; y que, aunque

él no entendía de cuestiones de política ni era precisamente un enemigo del general Díaz, a quien se trataba de derrocar, porque le tenían muy sin cuidado las cosas del Gobierno, sin embargo, estaba dispuesto á todo sacrificio, por libertar al Distrito de Guerrero del cacique que tenía en la persona de don Joaquín Chávez: «a ese sí que lo quisiera yo quitar de enfrente,» fueron más ó menos sus palabras, y mostrándose espléndido, puso en manos de don Abraham un billete de diez pesos para gastos de «El Grito del Pueblo,» periódico propagandista que editaba el Club, encargiendo que se le enviaran con regularidad los ejemplares.

Desde esa ocasión, 15 de octubre de 1910, Orozco quedaba afiliado en el Partido Antirreeleccionista, aceptando el compromiso de la revolución presunta.

Más tarde se le dijo que el levantamiento se verificaría el 20 de noviembre, y él, como hombre de honor, estuvo en lo pactado. Entre veras y chanzas volvió á repetir a don Abraham sus intenciones para con don Joaquín Chávez, recalcándole, en tono amistoso,

estas palabras: «si lo liquido y triunfa la revolución, no vayan ustedes después a cobrar-me ese muerto.»

Con veinte rifles que tenía, pertenecientes a La Conducta, y otros veinticinco que a nombre de la negociación minera de Lluvia de Oro pidió en la casa de Krakáuer Zork y Moye, Orozco estuvo listo para levantarse en la fecha convenida; y así lo hizo, en efecto, siendo de hecho uno de los primeros que se pusieron en armas. Junto con él entraron a la Revolución jóvenes de más arrojo, de mucho más empuje y a todas luces más expertos; jóvenes de entusiasmos, pero la desgracia quiso que en las primeras campañas, Pedernales y Cerro Prieto, quedaran en el campo la mayor parte de ellos, que de haber sobrevivido, hubieran llegado a ser los jefes natos de aquellos grupos de valerosos campesinos: murió Frías, murió Salido, murió Vázquez, murieron otros más, y entonces el apellido de Orozco comenzó a quedar solo. El representante de la Prensa Asociada, Mr. Summerfeld, llevado de un ingenuo entusiasmo y deseando en cierto modo ayudar a la causa, comen-

zó a transmitir extensos mensajes y largas reseñas en donde Orozco era traído y llevado en medio de los más rimbombantes epítetos. La vocinglería periodística, que no se detiene jamás en analizar hechos ni en pensar palabras, acabó por tomar la personalidad de Orozco como la encarnación de los revolucionarios serranos, y quedó a cargo de las rotativas que la fama del guerrillero se difundiera por toda la República; no pasaron muchos días sin que su figura desgarbada, su fisonomía tosca y vulgar, con la mirada obstinadamente fiera, circulara en millares de tarjetas postales, imponiendo, por un curioso fenómeno de sugestión, la simpatía de un tipo que está muy lejos de tener atractivos ni en el conjunto ni en ninguno de los detalles.

Ungido por la fama conoció Madero al campeón serrano, y ya fuera por natural bondad o por lo mucho que creía deberle, el entonces Jefe de la Revolución, a Pascualito, como cariñosamente lo llamaban sus amigos, le abrió por completo los brazos y no tardó mucho tiempo en hacer manifiesta su predilección por él, predilección ciega e irre-

flexiva, como todas las que son hijas del cariño o de la buena fe. Con esto, la fama de Orozco acabó de afirmarse entre propios y extraños. Madero creía en él como en la Providencia, llegando á verlo, no como su brazo derecho, sino como el brazo derecho de la Revolución; y así lo confesaba generosamente.

Nos acordamos de un rasgo digno de mención. Una vez se preguntaba al señor Madero en la Hacienda de Bustillos qué grado tenía Orozco en el Ejército Revolucionario, y él contestó: «Coronel, sólo coronel, pero lo haré general tan pronto como tome a Ciudad Juárez;» y desde entonces, 28 de marzo de 1911, cuando apenas haría dos semanas escasas que Madero había conocido personalmente a Orozco, el Coronel no volvió a distinguirse en otra batalla, ni llegó a realizar proeza alguna, ni a tomar ninguna plaza, incluso Ciudad Juárez, y sin embargo, fué hecho general. Así lo quiso don Francisco I. Madero.

La Revolución debía ser pródiga con sus buenos hijos y con los Orozcos tuvo larguezas de honores y dinero, colmando, con exce-

so, sus exorbitantes reclamaciones, a pesar de que los pocos bienes que hicieron aparecer lesionados, no sufrieron en rigor grandes desperfectos, por pertenecer precisamente a ellos, que fueron de los revolucionarios más distinguidos, ni valieron nunca la suma de cincuenta mil pesos con que los indemnizó el Gobierno emanado de la Revolución victoriosa.

Pero el viejo Orozco aún no quedó satisfecho; diríase que aquello le pareció una bicocha y lastimado, por otra parte, porque a él, que era el padre del héroe y quien lo había dirigido en todas sus campañas, no se le había hecho general, comenzó en seguida a poner de manifiesto su desagrado.

Existe un contraste marcadísimo, entre los caracteres de los dos Orozcos: el héroe es callado, taciturno, casi sombrío; el progenitor, locnaz, parlanchín, hasta insinuante, se olvida de todo hablando de su persona y no des cansa de alabar sus proezas; débil a la lisonja, y desprovisto de instrucción, de carácter díscolo e intrigante, se pone contentísimo cuando hay alguien que quiera escucharlo, y se le compra con cualquier piropo. Siempre

ha tomado como suyas las lisonjas que se dirigen a su hijo, y ¡guay de aquél que se descuide en no recalcar alguna para el viejo, que tiene el orgullo de haberle dado tamaño fenómeno a la Patria!

Poco trabajo, por lo tanto, tuvieron los amigos y los admiradores para ganarse la confianza del padre de Pascual; con su simpleza campesina, pronto les enseñó a todos el lado flaco de su carácter; y su petulancia de labriego, sedienta de caricias, entró de lleno en aquel mar de adulaciones. El viejo fué el primero en convenir, dada su excesiva vanidad de padre, en que su hijo merecía más, muchísimo más, que aquellos infelices cincuenta mil pesos y el generalato con que Madero había querido contentarlo. ¿Qué hubiera sido de don Pancho sin su hijo?, ¿qué de la Revolución sin su Pascual?; y en su espíritu sencillo, pero repleto de malicia, se encendió un odio cruel, uno de esos odios sordos e implacables que, en las almas rústicas, son capaces de llegar al crimen, porque de ellas está mil veces más cerca la bestia que del hombre civilizado.

El viejo comenzó a sentirse dolorido por todo, a ver en todos y en cada uno de los actos del Presidente, una intención torcida de vejar, de molestarlos a él y a su hijo: a él, que se sentía con tanto derecho, como el más pintado para levantar la frente ante todo el mundo y a no rendir ante nadie su sombrero; y a su hijo, que era la encarnación del heroísmo, el alma inmensa en que palpaba todo el valor de la Patria; porque, ¿quién más hombre y con más prendas que su Pascual?; y en aquel cerebro huero, en aquellos cascos vacíos, en aquella alma repleta de vulgaridades, se arraigó con furibunda rabia la sed de la venganza. Alguien le había dicho: «Pascual lo puede todo, él, con querer, sería Gobernador de Chihuahua, sería Ministro de la Guerra, vamos, que podría ser, que debería ser. . . .» Para qué pronunciar el vocablo, el amor de aquel padre desinteresado todo lo adivinó: ¡Presidente de la República!

Días terribles deben de haber sido para el infeliz padre, aquellos en que vió fallida su primera esperanza, cuando Pascual, a pesar de lo mucho que se movieron los señores, y

los amigos, no salió Gobernador de Chihuahua, ni fué nombrado Ministro de la Guerra, sino simplemente jefe de la zona rural en el Estado. ¡Vaya un puesto para pagarle tantos y tamaños servicios prestados a la Revolución! Decididamente, Madero era un ingrato, y sobre ingrato canalla, sí señor. Para don Pascual, el Presidente había caído en la categoría de un monstruo político del que había que librarse a toda costa.

A don Pascual solíanle acometer horas de verdadera desesperación, horas de fiebre que sólo refrescaban las murmuraciones crueles de algún amigo solícito que venía a contarle la última fechoría de los Maderos, o la vista de alguna de esas caricaturas de los periódicos chuscos, en la que se pintaba al Enano de Parras (con este cariñoso mote designaba don Pascual al Presidente), poniendo atada a la Patria en manos de los yankees, o dando una ridícula voltereta. Allí estaba para el gran don Pascual, como para muchos mentecatos, todo el evangelio de la política militante. ¡Esos hombres sí que sabían decir las cosas y pintarlas con una gracia que era un rega

lo de la Providencia! Fácil les fué, pues, a los elementos caídos, es decir, a la mayor parte del grupo que en Chihuahua representa el dinero, conquistarse el corazón de Orozco padre, y hacer de él el más poderoso auxiliar que necesitaban para influir en el ánimo del hijo. Cuando éste hizo su entrada triunfante a la Capital del Estado, en donde el pueblo lo esperaba con desapoderado frenesí, ya en el espíritu del modesto y valiente guerrillero se habían operado serias y profundas transformaciones.

En su campamento de la Hacienda del Saúz, poco distante de la Capital, donde permaneció varios días con las fuerzas, en tanto que se arreglaba la forma en que deberían entrar á ella los llamados soldados libertadores, recibió varias peregrinaciones de fanáticos que iban á tener la dicha de conocerlo y el inmenso orgullo de estrechar su mano; y conferenció largamente con una comisión que encabezaban un individuo llamado Rodolfo Cruz y un médico de apellido Balbás, toda gente nueva en la política; pues los mismos testafierros del partido en ciernes eran

debutantes en lides democráticas: Cruz, hombre de negocios mineros, propietario de fincas rústicas y urbanas, prestamista y socio de un jugador de origen árabe, muy conocido en Chihuahua y de quien se cuenta que llegó al país buscando pobremente la vida con un oso domesticado, al que hacía danzar por el arroyo al monótono ruido del pandero; Balbás, rico, ocupado en sus negocios y atenciones profesionales.

Claramente se puso de manifiesto con esta embajada que salió al encuentro del invencible General, que el elemento adinerado de la Ciudad trataba de captarse sus simpatías, y los maliciosos y los perspicaces quisieron ver una intención perversa de parte de la plutocracia, que pretendía sembrar tempranamente la discordia entre los elementos conspicuos de la Revolución, representados en Chihuahua, por don Abraham González, candidato *in pectore* a la primera magistratura, y el distinguido guerrillero D. Pascual Orozco, hijo.

El General, espíritu sencillo y limitadísima inteligencia, no comprendió, o no quiso,

o no pudo comprender, que su actitud en aquella ocasión no era, ni mucho menos, la de aspirar al Gobierno de Chihuahua; y sin embargo, deslumbrado por los ofrecimientos de sus nuevos amigos, que unas semanas antes de todo corazón le deseaban la horeca; mareado por el incienso que constantemente le quemaban sus admiradores, o tal vez arrasado por los consejos y las insinuaciones paternas, que han de haber sido tan calurosas como obstinadas, el buen hombre no pudo resistir y aceptó la lucha electoral con un contrincante que contaba de antaño con el cariño y el apoyo del pueblo; él, que estaba acostumbrado casi desde su infancia a ver con humildad y respeto a don Abraham, que durante la campaña revolucionaria siguió teniendo en el señor González un superior en todos sentidos y por todas razones, acabó por imaginarse, y por juzgar un hecho, que su labor guerrera había sido de incomparable mérito y de importancia sin igual. Por esta razón, fácil le pareció suponerse que el triunfo en los comicios le había de ser tan venturoso como los innumerables que, según sus admi-

radores, había tenido sobre los federales, los *mochos* o *pelones* en el pintoresco caló del General.

En virtud de estas circunstancias, Orozco tomó con entusiasmo y ahinco el asunto de su elección y quiso que sus íntimos, entre ellos algunos de sus compañeros de armas, fueran a hacer propaganda a los distritos del Estado y le allegaran votos para la gubernatura. Muy serios disgustos le ocasionaron entonces las excusas de algunas personas sensatas de entre sus conocidos y aun de entre sus parientes, que hubieron de decirle, en términos amistosos y con razones comedidas, que se dejara de trabajar por una empresa en la que tenía todas las probabilidades de salir derrotado, y no por otra razón, sino porque juzgaban que era demasiado temprano para que se metiera en honduras de política, dado que sus conocimientos en las cosas administrativas eran muy pocos, por no decir ningunos. El pobre de Orozco mal sabe leer, es incapaz de ligar por la escritura dos pares de conceptos y sus conocimientos sobre la vida se reducían a los del

atajo frecuentado pacientemente todos los días en busca del sustento o con la esperanza de labrar la modesta fortuna. Una que otra visita a Chihuahua, mitad por recreo, mitad por arbitrarse elementos de labor y las fiestas que de año en año suelen hacerse en los pueblos pequeños, habían formado la casi totalidad de sus goces de mundano; placeres estos de acre vulgaridad, pero que en la gente ranchera llegan a constituir un supremo deleite, tanto más intenso cuanto que, para ellos, el vicio aun en sus formas más bajas y la prostitución con sus más raquítricos atavíos, están siempre muy lejos.

La codicia política echó muy pronto raíces en el espíritu del modesto y valiente guerrillero. En el ignorante y en el necio es difícil que nazca espontánea una ambición, pero una vez insuflada en ellos, adquiere caracteres verdaderamente alarmantes y entonces ya no se detiene ante ningún obstáculo ni se cuida de ajenos miramientos: la pasión puede tocar en estos individuos todos los excesos y es capaz de cualquier desacierto, pues la mayoría de las veces son presa de

una especie de locura moral que borra en la conciencia toda idea de deber y sacrificio.

Orozo llegó, pues, a Chihuahua inficionado de política; y por sus cortas luces intelectuales, y por su casi nulo valer moral, entró más que de prisa en los dominios de la intriga. Se le había metido entre ceja y ceja aquel pensamiento y era preciso realizarlo. ¿No contaba de sobra con su prestigio militar? ¿no era él, según lo había oído decir á sus panegiristas, el alma de la revolución? ¡Oh! esta palabra lo sacaba de quicio: ¡el alma de la Revolución!

A su llegada a Chihuahua todo el mundo lo había aclamado: hombres, mujeres y niños, buscaban una mirada suya, querían estrecharlo contra su corazón, anhelaban oírle decir alguna cosa, al menos una palabra; pero él no había podido hablar, ni siquiera logró el delirio de las multitudes hacer fruncir uno solo de los músculos de su rostro. Pascual permaneció serio, solemne, mudo cual si fuera una esfinge; y por el alma inquieta de aquella muchedumbre alborotada, diríase que pasó como un estremecimiento de

desconfianza y de frío. El revolucionario no era el tipo gallardo, apuesto, de continente simpático y marcial que muchos se habían imaginado; no tenía en la cara los gestos, que son la expresión de la vida; ni en los ojos el magnetismo, que es la expresión del alma; pero todos decían que era un héroe y las multitudes inconscientes tenían antojo de conocer un héroe. Sugestionadas de antemano como estaban, no se preocuparon de comentarlo ni de discutirlo: lo aceptaron ciegamente como era, y lo quisieron frenéticamente como se les mostraba; lo que no había en el rostro, presumieron que estaría oculto, cual tesoro, en lo íntimo de aquel que creyeron tan grande corazón y tan noble carácter.

Y, mientras el pueblo se ponía casi de rodillas para contemplar a su hombre, Pascual con la ponzoña en la conciencia, meditaba en lo fácil que le sería reinar sobre aquellos idólatras.

En el Palacio de Gobierno, donde se habían reunido las gentes de pro para felicitarlo, estuvo en extremo indiferente, apenas

si respondía con escasos monosílabos a las calurosas frases con las que todos se desviaban por agradarlo; pero donde se sintió el hielo de aquella penosísima situación, fué en el abrazo que se dieron, él y el Sr. González: ¡qué contraste entre la sonrisa franca e infantil de don Abraham y el aire hosco y zahareño del guerrillero! Como todavía no era un experto en el arte del disimulo, enseñó las cartas de su juego, sólo que en aquellos instantes de alegría para todo Chihuahua, nadie se preocupó por observárselas.

Pocos días después comenzó la campaña política. Don Abraham González no necesitaba en realidad de propaganda; su elección estaba ganada en el corazón del pueblo y era irremisible que saldría electo Gobernador Constitucional. Pero Orozco y los suyos se aprestaron a la lucha. Pronto vieron la luz pública dos periódicos de cortas dimensiones que llevaban entre ambos dividido el lema revolucionario: uno se llamaba «Sufragio Efectivo»; y el otro, «No Reección». En el primero esgrimía la péñola el médico Balbás, como director intelectual de